

Jóvenes, miedo y espacio urbano en Cochabamba

Gustavo Rodríguez Ostría¹
Humberto Solares Serrano
María Lourdes Zabala Canedo

Para los jóvenes de clase media alta de la ciudad de Cochabamba, los linderos del mundo habitable se cierran en el corazón del antiguo centro urbano. Metros más allá, comienza una muralla invisible que separa dos mundos, dos culturas y dos estéticas donde el miedo y la inseguridad tienen un rol importante. Los autores de este artículo comparten algunos de los hallazgos de una investigación sobre la declinación del espacio público y los jóvenes en Cochabamba.

Para la estadística y la demografía ser joven comprende a un grupo entre los 17 y 24 años. Es decir la juventud estaría marcada por la biología o el desarrollo corporal. Desde Bourdieu, sin embargo, podemos realizar una lectura sociológica de la juventud, entendiéndola como una relación de poder: joven es aquél que disputa con las anteriores generaciones. Podríamos leer entonces la juventud con dos miradas: la física y la social.

Asumiendo la juventud como una categoría construida culturalmente nos interesa detenernos en una forma particular de ser joven en Cochabamba, aquella que pertenece a la clase media alta, caracterizada por disponer de recursos económicos, habitar en barrios residenciales de la zona norte, acudir a colegios privados y disponer de medios propios -autos- para el transporte en la ciudad.

Ahora bien, como señala Carles Feixa (2004), las generaciones no son estructuras compactas sino “referentes simbólicos que identifican vagamente a los agentes socializados en unas mismas coordenadas históricas”. Según Fexia “los jóvenes son nativos del presente”, y son, en consecuencia, portadores de una nueva episteme y sensibilidades resultantes de la experiencia histórica y de la época en que se han socializado.

No cabe duda que las antiguas elites terratenientes asentadas en la ciudad de Cochabamba dejaron de ser una clase social protagónica después de la Reforma Agraria de 1953. Lo esencial de su poder señorial y económico se derrumbó con la emancipación de los colonos y su conversión en dueños de las tierras del antiguo patrón.

Al respecto, el periodista Demetrio Canelas anotaba hace ya casi medio siglo que por efecto de esta medida se había “arrojado a la intemperie a millares de familias que constituían la clase media tradicional condenándolas a la miseria” (*Los Tiempos*, 30.09.1971). Reconocimiento explícito de que la clase dominante cochabambina había sido profundamente afectada y gran parte de su poder económico se había extinguido. Los restos que quedaban vivían del consumo de “sus reservas”, pero ellas no sólo eran bienes materiales, sino prestigios, viejas influencias en el mundo mercantil, amistades que guardaban fidelidad; que de una u otra manera les permitirá compartir parcialmente con los nuevos actores, retazos de su antigua hegemonía, a través de su esforzada descendencia.

Gordillo, Rivera y Sullkata coinciden con esta idea, al afirmar que los miembros de la elite tradicional cuya antigua fuente de poder había sido su vínculo con la tierra de hacienda “se encerraron en sí mismas y se parapetaron en posiciones ultradefensivas frente a la emergencia de los nuevos actores sociales” (2007:71). Sin embargo, se señala que aisladamente algunos

miembros de esta antigua elite intentaron acomodarse a los nuevos tiempos modernos, pero no siempre en forma exitosa. Su apuesta fue una estrategia de retorno a la esfera del poder de largo plazo, a través de su descendencia, para la cual no se reparó en ingentes sacrificios para permitir que accedieran a una refinada formación universitaria, preferentemente en el exterior. Ésta sería la semilla de una nueva generación de empresarios, servidores públicos e incluso docentes de la universidad pública que emergen en las décadas de los años 70 y 80 del siglo anterior, y que encuentran campo propicio para consolidarse con el crecimiento de la economía, tras la hiperinflación de 1982-1985, y la adopción de las políticas de privatización y de economía de mercado desde los años 90 del siglo anterior. Son elites que han crecido al amparo de puestos burocráticos en las instituciones del gobierno local y nacional.

En términos urbanos sus territorios y espacios de sociabilidad giraban en torno al centro de la ciudad, en el eje entre El Prado, la plaza Colón y la Plaza de Armas. No se trata de un grupo numeroso, quizá no pasan de unas 2.000 a 2.500 familias, que viven en gran parte en la zona norte y se aglutinan en torno a clubes como el Country o el Tennis Cochabamba. Sus hijos e hijas asisten a colegios de "elite" como el Tiquipaya, Anglo Americano, Froebel o San Agustín. O, cuando salen bachilleres, se matriculan preferentemente en la Universidad Privada Boliviana (UPB) o en algunas carreras de la Universidad Católica Boliviana (UCB), ligadas a la formación para el mundo de los negocios.

Este grupo juvenil es una generación nacida entre 1983 y 1990, es decir en el paso de la sociedad de masas que abrió la Revolución de 1952, a la sociedad elitista y privatista del neoliberalismo. Un tiempo de democracia, de sistema de partidos y construcción de institucionalidad. Su juventud coincidió, sin embargo, con las crisis de este sistema de referencias y la emergencia de profundos conflictos sociales y disputas por el poder a escala local y nacional. De la guerra del agua de febrero de 2000 a la confrontación del 11 enero de 2007, dista un septenio de tensiones, crisis del sistema republicano y la emergencia de nuevos actores sociales y étnicos a nivel regional y social.

Cómo este contexto está incidiendo en sus sistemas de representaciones, significados o sentidos colectivos en Cochabamba, es algo que aún debe investigarse. No obstante es inocultable que los jóvenes de clase media alta -un segmento agrupado en "Jóvenes por la democracia"- fueron un componente fundamental del grupo de choque que confrontó a campesinos, indígenas y sectores urbano populares el 11 de enero de 2007, y que han comenzado a leer la realidad social en términos de confrontación y polarización irreducible con cortes étnicos y clasistas, como un respuesta al discurso oficial de Evo Morales y Álvaro García Linera que introdujo una lectura desde los mismos prismas. Por ahora podemos adelantar que la emergencia de estos nuevos discursos puso en vilo la pertenencia e identidad mestiza, como espacio cultural común o como soporte de comunidad imaginada de Cochabamba que introdujo el nacionalismo revolucionario desde la postguerra del Chaco (1932-1935).

TERRITORIO E IMAGINARIO URBANO

Ahora bien, las culturas juveniles buscan abrir espacios, habitar donde gocen de libertad y no estén a expensas de los mayores. Como otros grupos humanos no existen sin territorio y sin una apropiación material y simbólica del mismo. ¿Bajo que égida se está (re)conformando la territorialidad juvenil de clase media alta en Cochabamba? ¿Cómo inciden el miedo y la distinción en la ocupación o exclusión de estos territorios?².

Territorialidad "es la forma de relacionarse con el espacio de vida que establece el sujeto" (Lindon, 2005:145-172). Un territorio es mucho más que lo material o lo físico, pues incluye una

dimensión inmaterial o subjetividad social. El territorio, en otras palabras, se basa en una apropiación simbólica.

En tanto representación, los territorios no son visibles a cualquiera. O si se quiere son visibles para unos e invisibles para otros actores. La visibilidad o invisibilidad no puede ser considerada al margen del sujeto que ve o no ve. No es una visibilidad estructural, sino experiencial, pues está asociada a las representaciones de los encuentros. Los grupos urbanos cualifican los lugares, les atribuyen ciertas características, significados y sentidos. En el territorio se establecen las identidades compartidas y da sentido a las interacciones afectivas y simbólicas.

En la experiencia del paisaje, el sentido de la vista ocupa un papel central, por ella se toma conocimiento del mundo, como señala Alicia Lindón: “paisajes invisibles son los que no vemos, considerando que lo que no se ve, suele no conocer; y los que se ven, son los que conocemos”.

La territorialidad juvenil de la clase media alta en Cochabamba se expresa en tiempo y espacio de acuerdo a edad, clase y sexo. Se trata de una categoría histórica, en permanente transformación por influencia de mutaciones socioeconómicas, tecnológicas y urbanas. Desde los años 80 del siglo XX se produjo una importante metamorfosis en el uso del territorio y de sus representaciones por parte de estos jóvenes de ambos sexos, que examinaremos más adelante. Por una parte, se retiraron del espacio público ocupado por la anterior generación o lo usaron de manera esporádica e instrumental, y por otra conquistaron la noche como espacio autónomo, lúdico y de sociabilidad.

La generación anterior, que corresponde a la de padres y madres de la juventud cochabambina de clase media alta, vivió y socializó de un modo diferente el espacio. Entre los 70 y 80 de la misma centuria, su temporalidad se limitó, o mejor fue restringida a la zona diurna y, ocasionalmente, a una noche que apenas comenzaba bajo severa mirada paterna. Los espacios públicos: plazas, calles y esquinas, verdaderos territorios de reunión y socialización, fueron utilizados casi sin temor. Los mercados populares eran por excelencia los centros de abasto donde las familias se aprovisionaban y adquirían sus productos; la universidad estatal, por su parte, era el espacio de encuentro de los bachilleres de colegios fiscales y particulares. Adquirían en los mercados populares y estudiaban en la universidad estatal.

La situación cambió al filo de los 80 y, sobre todo en los 90 del siglo XX, estos actores se replegaron hacia otras cotidianidades urbanas. La ciudad, como aludimos, se fragmentó con mayor intensidad y se segmentó, emergiendo la zona norte como una realidad densa dotada de servicios urbanos y con matices culturales y sociales propios y específicos. En las dos últimas décadas, la ciudad de Cochabamba enfrentó una profunda transformación urbana, poblacional y social. La consolidación de la zona norte dejó atrás otros referentes urbanos de sociabilidad como La Cancha, y el centro histórico dejó de ser el espacio de encuentros y miradas.

¿En este nuevo escenario, bajo qué parámetros y representaciones organizan su territorialidad los jóvenes de clase media alta en Cochabamba?

Las encuestas, grupos focales y entrevistas realizadas en el marco de nuestra investigación (2007-2008) revelan que el miedo es uno de los factores medulares que organizan las nuevas subjetividades y la apropiación de los nuevos espacios a la hora de instaurar la presencia o retiro del espacio público y la decisión de refugiarse en otros espacios más privados y seguros. Se reproduce en Cochabamba una situación advertida por Lucía Dammert para el contexto latinoamericano:

Diversas encuestas sugieren que el miedo al crimen constituye un factor central en la explicación de porqué ciertos grupos están constantemente abandonando los espacios

públicos y privilegiando la seguridad de los espacios cerrados (Dammert, 2008).

De seguro que en el uso del espacio público contribuyen otros factores como la distancia o el deterioro del equipamiento urbano, pero no alcanzan la dimensión del temor (como dispositivo para ordenar estos cambios). No es éste un miedo a catástrofes físicas o tecnológicas. Es un nuevo tipo de aprensión: a vivir en la ciudad o, mejor, a vivir en algunas partes de ella donde se puede ser objeto de violencia.

El miedo es una característica de la sociedad contemporánea. El desempleo, los efectos de la crisis económica, el terrorismo, sacuden a todas las generaciones (Bauman, 2007). Pero de acuerdo con Martín Barbero, concordando con Dammert, el miedo es la clave de los nuevos modos de habitar y comunicar en la trama urbana (Barbero, 2003). Produce una pérdida de seguridad ontológica, respecto a la vida cotidiana en las urbes (urbus=civilizado), anteriormente consideradas como un lugar seguro y protector frente a las hostilidades del mundo rural (rus=rústico).

El temor es una representación simbólica individual y colectiva pues se concretiza individualmente, se construye socialmente y se comparte culturalmente, como diría Dammert. Lo primero porque es el resultado de la interacción entre distintos actores e intercambio de información entre ellos, que crea un resultado que guía su proceder. Lo segundo, porque el miedo se construye sobre las representaciones que emergen de los actores, sin un necesario cotejo con el mundo real. Siguiendo a Roberto Briceño-León (2007) asumimos que su naturaleza es subjetiva. El recelo a la violencia, continúa el autor, se funda en un cálculo de probabilidades que se realiza a partir de dos circunstancias interrelacionadas: la información, precaria o no, que se dispone sobre eventos similares ocurridos en el pasado y por la expectativa de seguridad que se tenga. El miedo se traduce en inseguridad por el aumento de delitos, por el nuevo tipo de violencia por parte de delincuentes y que se amplifica por la insatisfacción y sospecha generalizada sobre la ineficacia y ausencia de probidad de las instituciones -Policía y sistema judicial- llamadas a garantizar y administrar el orden y la seguridad ciudadana.

El hecho del delito reconoce dos dimensiones: la objetiva y la subjetiva. La primera nos permite una lectura desde la reiteración y la estadística de los números se refiere a los delitos que realmente ocurren, se registran y se viven en un espacio acotado; y la segunda hace referencia a un registro imaginario (y ficticio por tanto) que se tiene de ellos. Armando Silva habla de un "imaginario del miedo", que define estructuras de significación sobre la realidad, que permiten la emergencia de contenidos inconcientes sobre ella sin que sea un reflejo epifenoménico o automático.

El imaginario se compone no de datos o estadísticas, aunque éstos cuenten, sino fundamentalmente de metarrelatos, mitologías y cosmogonías (Silva, 2004). Desde ese punto de vista, no es relevante si en la densidad criminal de Cochabamba o si en las estadísticas de actos delictivos por habitante, una zona específica, una calle o plaza presenta mayores o menores indicadores de criminalidad que otras zonas; lo sustantivo es que el imaginario colectivo y de los distintos grupos etéreos lo registra de este modo y en consecuencia actúan retirándose de ella.

En otros términos no importa si la imagen de creciente peligro en la ciudad de Cochabamba tiene una base contrastable. La realidad y la percepción pueden dissociarse. El imaginario "tiene consecuencias prácticas pues las personas actuarán de acuerdo al mismo, como si los elementos que lo producen fuesen verdad" (Briceño, 2007:36). Una vez construida una etiqueta del temor para un espacio determinado produce un efecto de realidad que actúa sobre las prácticas y los discursos de los actores, como si fuese una guía para la acción (Lindon, 2007: 7-16).

Precisamente un informe realizado en España en 2003 muestra que la percepción de inseguridad no va coligada a delitos contra las personas o el patrimonio, sino con la sensación subjetiva de “un miedo difuso” derivada de una serie de actividades asumidas como antisociales en un lugar en concreto (Goycoolea, 2008:13). Y es ello lo que importa, que en su subjetividad, en sus imágenes mentales la población cochabambina vive una sensación permanente y creciente de inseguridad³. Temen los ricos, temen los pobres, temen los varones, temen las mujeres; teme la juventud, teme la ancianidad, aunque por distintas razones y en diversos espacios y horarios.

El miedo tiene una especificidad histórica y social, pues se lo vive de manera distinta en cada periodo; cuenta con una dimensión y variabilidad sociológica y cultural, y está marcado por las diferencias de clase, género y edad. Creado por los *mass media*, por la propia experiencia, el rumor o transmitido por padres y madres o por el entorno de amistades; el miedo se socializa a través del rumor, más que se ve; aunque la violencia pueda estar cotidianamente presente en la ciudad. Se aprenden a identificar las fuentes de peligro y a dar respuestas al temor. ¿Cómo comportarse? ¿Dónde no ir? ¿Cómo ir? ¿Con quién ir? Reguillo (2000) menciona como un artificio los “manuales de supervivencia urbana”, suerte de “códigos no escritos que prescriben y proscriben las prácticas en la ciudad”.

La consecuencia más notable del temor es que contribuye a gestar una nueva relación con la alteridad, con los diferentes. La “foraneidad”, como constata Dammert, se establece en “la utilización de espacios de la ciudad, incluye una mirada negativa y constante frente a lo reconocido como ajeno, percibido muchas veces como atemorizante y violento”. Situación que se traduce en la pérdida y el desarraigo colectivo “inoculando cada día la desconfianza hacia el que pasa a mi lado en la calle” (Dammert, 2008 :243-258). Se estigmatizan algunos grupos poblacionales y se abandona el espacio público. Lo igual es bueno, lo distinto es sospechoso (Entel, 2007). Se tiende a identificar miedo con inseguridad, por esta vía se desarrolla el miedo a los seres humanos, opacando el resto. La “sospecha” opera como eje articulador de las relaciones sociales, las que sin salida, se trastocan en miedos, marcas y estigmatización de ciertos grupos.

¿Cómo afecta esta permanente sensación de temor al uso de la ciudad y de los espacios urbanos? Lo primero que puede afirmarse es que aumenta la segmentación y privatización del espacio urbano. Se organiza el territorio marcado por lo conocido=seguro, desconocido=inseguro, o “ciudad mala”. Las calles y espacios públicos, afirma Dammert, como conclusión de sus estudios sobre el caso argentino y chileno, son vistos como inseguros, lo que obliga a retirarse de los mismos (Dammert, 2004:87-96 y 2003). Distintos estudios emprendidos por Rossana Reguillo y otros autores, muestran igualmente que la sensación de peligro disminuye cuando el territorio es conocido (Reguillo, 2000:185-201). Como consecuencia se reduce la exposición a espacios abiertos y públicos. La inseguridad se constituye en un límite simbólico entre lo conocido y lo desconocido. El territorio propio y acreditado es fuente de seguridad. Mientras nos mantengamos en él, estaremos protegidos (Guerrero, 2007).

Se pueden marcar varios efectos de la inseguridad en el uso y consumo de la ciudad:

- a) Reducción del tiempo de habitar la ciudad debido a que hay horas que no se sale o los locales reducen las horas de funcionamiento.
- b) Disminución del área urbana utilizada porque hay espacios, como las plazas y calles, que no se utilizan.
- c) Erosión del sentido de ciudadanía y de comunidad porque no se acude a espacios que

- facilitan las relaciones sociales.
- d) Cambios en las expresiones y las vestimentas, al tratar de pasar desapercibido en lugares considerados peligrosos.
 - e) Incremento del aislamiento debido al retiro del espacio público o por la necesidad de someterlo a control privado.
 - f) La estructura urbana se ve modificada por la segregación y la fragmentación urbana mediante la construcción de muros, fronteras, etc.⁴

Las narrativas del miedo segmentan la ciudad pues “imponen separaciones. Construyen muros, delimitan y encierran espacios, establecen distancias, segregan, diferencian, imponen prohibiciones, multiplican reglas de exclusión y separación” (Calceira, 2007:28). El hogar se convierte en una pequeña fortaleza bien equipada para vivir aislados, pero interconectados por las nuevas tecnologías. La casa *búnker* y, en su caso, la urbanización cerrada, es concomitante a un modelo urbano fragmentado, reconstruido y donde impera la hostilidad a vivir en la ciudad y sus espacios públicos (Lindon, 2006:18-35).

LA COCHABAMBA DEL MIEDO

¿Es la Cochabamba actual una sociedad más violenta e insegura que hace 20 o 30 años? Necesitaríamos, para responder, una serie cronológica de delitos distribuidos por zonas y población, para construir indicadores per cápita o para marcar la evolución global del crimen y la violencia en el tiempo. Otra opción sería realizar encuestas o elaborar “mapas de victimización” que conduzcan a cartografías del delito (Carrión y Muñoz Vega, 2006:7-16), información de la que no disponemos, pero cuya omisión no nos impide avanzar en nuestra investigación.

Ya señalamos que una cosa es la *inseguridad objetiva* y otra la *inseguridad subjetiva* en tanto sensación o representación. Esta última es un situación producida socialmente, puede contar con autonomía y no estar en relación directa con la escalada de violencia; en otros términos la sensación de inseguridad puede permanecer como memoria, incluso si el crimen ha desaparecido o disminuido. Esta omisión cuantitativa y estadística no es relevante para nuestra investigación, que no trata de la magnitud ni de las formas de la violencia, sino de las representaciones sobre ella y sus secuelas en la construcción de estrategias de respuesta y defensa frente al miedo en la ciudad de Cochabamba por parte de los distintos sectores sociales, grupos de edad y género, que como vimos inciden de una manera gravitante en el uso del espacio público.

No es posible fijar una fecha exacta de la emergencia de esta sensación colectiva y subjetiva de inseguridad en Cochabamba, pero la mayor parte de los(as) entrevistados(as) convienen que ocurrió a fines de los años 80 y principios de los 90 del siglo pasado y asocian su emergencia con distintas situaciones sociopolíticas: la creciente pobreza, las políticas neoliberales, el progresivo individualismo y “no me importismo”, la proliferación del narcotráfico y el consumo de drogas, el torrente de migrantes asentados en la ciudad o la pérdida de civismo, de fe o de religiosidad, y nuevo discurso estatal que empodera a los indígenas. O todo junto.

En un juego de espejos, cuando miran la Cochabamba de su lejana juventud, su discurso es decadentista: “las cosas van de mal en peor”. Con nostalgia se refugian en una mirada benigna, hasta utópica, de una ciudad que en la memoria emerge siempre cálida y segura.

Recuerda Jorge Alberto:

Nunca, hasta que visité Bogotá en 1978, había pensado que la ciudad podía producir miedo. Cuando llegaba en bus, lo primero que vi en el periódico fue una encuesta que señalaba que cerca al 80% de las personas afirmaban haber sido víctimas de violencia, robos, agresiones y otras cosas semejantes. El mismo periódico traía una serie de consejos para evitar ser asaltados en las calles. Amigos me aconsejaron que tuviera mucho cuidado al caminar en la calle, que deje mi dinero, reloj, etc. guardado en el hotel. Me explicaron también que había lugares donde no debía ir o donde no era aconsejable pasar el atardecer. Era algo para mí totalmente extraño. En Cochabamba no pasaba eso.
(profesor universitario, 54 años).

Se oyen opiniones similares:

- Nunca me pasó nada, caminaba desde Calacala a la Universidad y viceversa.
- Estudiaba arquitectura y salía tarde del taller, casi de noche. A veces me recogía a las dos o tres de la mañana.
- De las fiestas y cumpleaños, regresábamos a pie y jugando hasta nuestras casas.
- Mis hijos iban solos al colegio y salían a jugar al parque incluso en la noche.
- Nos sentábamos con mi enamorado en la plaza Colón hasta el atardecer. No teníamos temor.
- Acompañaba sin problemas a mi mamá a La Cancha a comprar verduras y frutas.
- Íbamos con mi mamá y mi hermana a noche popular doble, que los lunes concluía como a la una y media de la madrugada. Volvíamos a pie hasta mi casa.
(entrevistas con padres y madres de los(as) jóvenes consultados).

El ir a pie o en bicicleta por todos lados es recordado como una fuente de movilidad segura. “Lo más que te podía pasar es que te encontraras con un borrachito peleón”, señala un entrevistado. Quizá el único espacio que representaba una fuente de inseguridad era la zona roja de los prostíbulos de la avenida Siles, al pie de la colina de la Coronilla, al extremo suroeste de la ciudad. Eran riesgos generados por núcleos específicos, borrachos y pendencieros, pero que no conducían a una estigmatización de la población que ocupaba aquel espacio, afirman los consultados.

Casi ninguno(a) de los(as) entrevistados(as) puede en efecto relatar un hecho concreto de violencia que le hubiera ocurrido en su juventud; en cambio sí están en condiciones de contar el ataque que sufrió un familiar, hijo(a), amigo(a) o su propia persona, un mes o días atrás. Al comparar la actual ciudad con la de su juventud, sienten temor, que a veces raya en la paranoia:

- No hay ningún lugar seguro.
- Cuando vas en auto hay que cerrar los vidrios.
- Mis hijos ya no pueden jugar en la calle.
- En la noche ya no salgo⁵.

Si éste fuera el único indicador disponible, diríamos que la violencia con la que actúan los delincuentes aumentó en Cochabamba. Lo sustantivo para nuestro análisis, sin embargo, no es validar ni constatar esta afirmación, sino verificar la percepción colectiva de inseguridad, que no admite un despliegue racional de argumentos.

En el registro subjetivo de la clase media alta lo que está en juego es que en calles, plazas y ciertos lugares de la ciudad, e incluso en el propio hogar, ya no están protegidos en la misma

condición que en el pasado. Una respuesta a esta situación, que es la misma que se ha presentado en otros países, es recortar y dosificar su presencia en los espacios públicos. La otra, que no excluye la anterior, es recluirse en urbanizaciones cerradas o edificios, enjear sus casas, cerrar las calles y acudir a la protección de guardias particulares.

La proliferación de empresas de seguridad privada es el mejor indicador del arrebató de temor que invade a Cochabamba y de la desconfianza en la Policía Nacional (Fuerza Especial de Lucha contra el Crimen). Las primeras empresas aparecieron tímidamente a principios de 1990⁶. Su proliferación data, empero, del cuatrienio comprendido entre el 2000 y el 2004. En marzo de 2005 ya se contabilizaron cerca de 80 empresas entre legales e ilegales (*Los Tiempos*, 10.03.2005). Para principios de 2008, se calculó que el número de vigilantes privados, 3.000, superaba al de los policías, 2.500 (*Los Tiempos*, 4.01.2008). Actualmente hay seis empresas legalmente instaladas, siete en trámite y cerca de medio centenar sin registro ni autorización.

En la zona norte es casi impensable que un colegio, un edificio, un restaurante, banco o tienda de cierta magnitud, no cuente con seguridad privada. Se los halla también en casas y calles. La nueva generación de jóvenes los ha visto como parte indisoluble de su vida cotidiana y ha entregado su confianza y seguridad en entidades que hacen negocio con el miedo urbano y no siempre trabajan bajo la regulación estatal. El guardia privado, sin embargo, rompe con el espacio público al introducir la desigualdad en la dinámica diaria de la ciudad. Ciudadano y guardia no son iguales, pues el primero tiene la capacidad de mandar y prohibir al segundo; lo que no ocurre con la policía pública. En ese sentido privatiza también la prevención y punición, que puede ser dirigida contra quienes los que contratan la seguridad privada desean separarse por temor o distinción.



EJTI STIH. GRITO LIBERTARIO (2007). ACRÍLICO SOBRE LIENZO.

LA CIUDAD SEGMENTADA Y EL MIEDO JUVENIL

La fragmentación urbana, como vimos en los capítulos precedentes, no ha estado ausente de la historia de la ciudad de Cochabamba. La polaridad centro-suburbio del siglo XIX y Prado-Calacala de los años 70 del siglo XX, se reproduce actualmente aunque con mayor intensidad. Físicamente hay al menos dos ciudades. Lo nuevo es, sin embargo, la segmentación de su tejido social y

particularmente la polarización del mismo; la declinación sino la muerte del espacio público como lugar de encuentro y como expresión de lo diverso para el conjunto de las clases sociales y grupos de edad.

La historia y las vivencias de los(as) jóvenes de clase media alta que hoy tienen entre 17 y 24 años de edad, pertenecen a una generación para la que el espacio público carece de adscripción positiva o emocionalmente afectiva. Nacieron y vivieron en un escenario de democracia parlamentaria; aprendieron sus primeras letras escolares junto a la expansión del televisor y se graduaron en la era de la computadora, con un celular en el bolsillo y, un buen porcentaje, con un auto propio en la puerta. En sus sensaciones inmediatas no están tampoco inmunes al imaginario del miedo pues han vivido socializándose en cómo evitarlo. Cada joven, hombre o mujer, registra su propio relato de violencia urbana y cuenta haberla sufrido, visto u oído. Entre sus fantasmagorías se halla la experiencia del “auto blanco” con sus reiteradas denuncias de asalto, los motociclistas que arrancan carteras a las mujeres, los robos a plena luz del día en cualquier punto de la urbe o los “cleferos”, niños(as) “polilla” que a modo de pandillas acosan a la gente de a pie en puentes y parques.

Esta sensación de pérdida se alimenta también de los quiebres políticos y culturales que trajo la exacerbación de los conflictos sociales en Bolivia y Cochabamba, tras la asunción de Evo Morales a la presidencia. Se trata de otro temor reciente, a la insubordinación y al empoderamiento social de los sectores subalternos que minan las ancestrales bases de la dominación de la clase media alta ciudadana. Los trágicos sucesos del 11 de febrero de 2007 refuerzan una línea demarcatoria que estaba latente y que activa la segmentación espacial del uso de la ciudad, entre las “clases de bien” y las otras, las subalternas; segmentación que no está exenta de connotaciones étnicas. La diversidad cultural de la ciudad se anuncia como un peligro potencial. En la ciudad, bien dice Jordi Borja (2003), “se teme a los otros”.

Ahora bien, en una ciudad cuya mancha urbana se expande continuamente, las dificultades de accesibilidad condicionan y limitan su uso; más aún cuando el transporte público no proporciona un servicio de calidad. Se requiere de más tiempo y recorrer más distancia para ir de un punto a otro. Sin embargo los servicios educativos, comerciales, lúdicos u otros similares se ofertan, como vimos en las páginas precedentes, en una proporción cada vez mayor en las proximidades de las residencias de los sectores medios altos, lo que evita, salvo casos específicos, la morosa obligación de desplazarse por la geografía urbana.

Paradójicamente los jóvenes de clase media alta disponen de más libertad personal y condiciones materiales -autos, motos- para desplazarse por la trama urbana que la generación precedente, pero se sienten inducidos a recortar su presencia en ella a un pequeño territorio seguro y socialmente homogéneo. Cochabamba se les presenta más ancha pero simultáneamente más ajena. Transitar por Cochabamba supone para un(a) joven organizar una topología y una cartografía que establezca límites, fronteras y umbrales. Dejar marcas y cuños de posesión de un territorio y señales de alerta y seguridad cuando se ingresa al del “otro”.

Nos interesa, por tanto, el mundo de las representaciones tal como es vivido y concebido, antes que el mundo material o físico, sin negar que este último incida en el primero. Es necesario indagar el espacio urbano tal como es vivido y concebido por los actores. La juventud representa e imagina la ciudad con el objetivo de “articular fronteras de diferencia”, con el propósito de “tejer sus interacciones (sean estas de disputa, de conflicto, de adaptación o de negociación)”. Lo cual supone que metodológicamente la espacialidad juvenil debe enfocarse tanto desde los imaginarios como desde las prácticas. Diríamos esta vez con Armando Silva (2005): “Los mapas ya no son físicos, sino psicosociales: los croquis no se ven, se sienten”.

Maritza Urteaga señala que la “experiencia espacial” del sujeto joven se debe analizar

incorporando dos ejes explicativos: a) la tensión adultos/jóvenes y b) la tensión jóvenes/jóvenes, a las cuales agregamos nosotros una tercera dimensión, jóvenes/otros. Ella nos conduce a indagar la búsqueda de la diferenciación juvenil expresada no solamente en relación a otros grupos étnicos o, en su caso, a sus pares, sino a sujetos sociales o étnicos diferentes a los del grupo de referencia, en nuestro caso los(as) jóvenes de clase media alta (Urteaga, 2007:99).

Establecido este punto podemos preguntarnos: ¿Cómo representa la juventud de clase media alta a Cochabamba? ¿Qué cartografías mentales construye para su uso? ¿Qué factores afectan a la construcción e imaginarios de su territorialidad?

Ahora bien, desde la mirada de este segmento juvenil, el mapa mental de la ciudad de Cochabamba resulta cortado en dos grandes territorios: el norte en positivo y el sur en negativo; el primero más seguro que el segundo; el primero estéticamente agradable, el segundo sucio y desordenado.

La representación social del miedo y los actores que lo producen se vislumbra en las respuestas frecuentes a las pregunta: ¿Qué lugar de la ciudad de Cochabamba consideras más peligroso? ¿Por qué?

Más del 96% de los y las estudiantes universitarios(as) encuestados(as) señalan a la zona sur o lugares específicos de ella, como los más peligrosos de la ciudad.

- La zona sur, hay muchos maleantes (Juan Carlos, universitario, 22 años).
- La zona sur, porque hay varias pandillas (Eduardo, universitario, 20 años).
- La zona sur, veo en las noticias que no es muy segura (Alejandro, universitario, 23 años).
- La zona sur, porque en las noticias salen más noticias alarmantes y graves de esos lugares (Karen, universitaria, 19 años).
- La zona sur, porque en esta zona existen maleantes (Marianna, universitaria, 24 años).
- La zona sur, mucho maleante (Jorge, universitario, 22 años).

En algunos casos se mencionan lugares específicos, de la misma zona sur y por idénticas razones: el temor. En otros casos, los causantes del miedo son maleantes, polillas y cleferos.

- La Cancha, porque te asaltan o te roban (Gustavo, universitario, 23 años).
- La Coronilla, porque viven cleferos ahí (Camila, universitaria, 19 años).
- La Terminal, existe mucho maleante que se queda en esa zona (Rodrigo, universitario, 24 años).
- Terminal, no hay seguridad (Stephanie, universitaria, 20 años).
- Zona sur por la Terminal, muchos cleferos y maleantes (Jeannine, universitaria, 20 años).

En algunas lecturas, la inseguridad se extiende por toda la trama urbana a otros puntos específicos o a horarios también determinados.

- La mayoría de las calles en la noche son inseguras (Daniel, universitario, 21 años).
- Los puentes (Marianela, universitaria, 24 años).
- Ya no hay lugares seguros en la ciudad. Tienes que ver dónde sacas tu celular o por donde caminas (Camilo, bachiller, 18 años).

Sin embargo son menos, pues en la mayoría de las miradas el temor se focaliza en un sur imaginado como la concentración del peligro. La descalificación de este espacio urbano adquiere otras pulsiones. Preguntamos a jóvenes de ambos sexos ¿qué sector de la ciudad les desagrada más? En una abrumadora mayoría señalan nuevamente la zona sur, particularmente el núcleo que se extiende alrededor del complejo La Cancha/La Pampa. Leída desde la estética cultural de los(as) habitantes de la zona norte, su *alter ego* urbano y social se representa como:

- Sucia y desorganizada (Giovanni, universitario, 21 años).
- Nada higiénica y olor nauseabundo (José Luís, universitario, 22 años).
- Sucia y peligrosa (Denisse, bachiller, 18 años).
- Mucha gente (Caris, universitaria, 19 años).

En contraste, cuando se los(as) interroga sobre qué lugar les agrada más de Cochabamba, la mayoría apunta a la zona norte, por razones opuestas a las formuladas en torno al otro extremo urbano:

- Porque no es tan caótica (Gustavo Alberto, 18 años, bachiller).
- Porque es tranquila (Miguel, 17 años, bachiller).

También, aunque de modo más esporádico, se señalan locales ubicados siempre en el norte:

- El Centro Patiño, porque es seguro, con muchas actividades culturales, hermosos jardines (Stephanie, 20 años, universitaria).
- Cine Center, porque es divertido y hay varias opciones para pasarla bien (Verónica, 20 años, universitaria).
- El Cine Center, seguro y agradable (Carol, 10 años, bachiller).

Nótese nuevamente la seguridad como un elemento decisorio que forma parte de la apreciación estética de un espacio.

El sur, en contraste, emerge como una desmesurada geografía asimétrica y abigarrada presencia donde los cuerpos de las muchedumbres se entremezclan o se tocan en el fluir de la calle, y donde el aire condensa los aromas de comidas para algunos sin nombre o música “guachafa”, y conduce a su devaluación y estigmatización racial; o mejor lo que refuerza esta situación al unírsele con la inseguridad.

El higienismo y la cultura olfativa, como muestra *El perfume* de Patrick Süskind, se encuentran ligados a procesos sociales e históricos. Se apre(h)ende desde la infancia a filtrar y rechazar esencias y vincularlas positiva o negativamente con determinados grupos sociales o étnicos que sus progenitores valoraban como sujetos revolucionarios. La juventud actual no enarbola el discurso de la contracultura de los 70. Tampoco se afilia a posiciones radicales de izquierda. Apolítica, prefiere gozar del mundo, aprovechando del tiempo concedido por la moratoria social; siempre y cuando su posición emblemática, de poder y sus territorios no sean desafiados.

Por otra parte el orden de las cosas, un valor de corte positivista decimonónico, conduce a anhelar una ciudad sometida a normas y reglas, sin espacios que se desborden y transeúntes que caminen separados. Lo urbano, advierte Miguel Delgado, pasa todo el tiempo auto organizándose (esto hace la planificación), pero no se salva de un destino o suerte que tiende a convertirla en “ilegible” (desordenada, caótica) opuesta a la ciudad “legible” (ordenada, racional) (Delgado, 1999:183).

¿Pero qué es el sur? ¿A qué y dónde se nombra cuando se lo alude? Las fronteras, como los imaginarios, son móviles e históricas sus construcciones. No constituyen límites, ni filtros geográficos ni legales, sino simbólicos caracterizados por apropiaciones y marcas de significados, cargados de presencias humanas, olores, comidas o colores; es decir, se los significa socialmente.

El sur, o mejor la noción imaginada de lo que es el sur, se desplaza constantemente desde la mirada de las clases medias altas. Es una frontera móvil, cambiante. Hasta los años 90 del siglo precedente, la avenida Aroma era el límite del sur con relación al centro comercial (casco viejo), a la par que la plaza Colón era el inicio de la zona norte. Uno de los cambios que trae el inicio del siglo XXI es el debilitamiento de este paisaje mental. Fenómenos como la toma de la plaza 14 de Septiembre por sectores populares, a partir de la guerra del agua del año 2000; la intensificación del crecimiento del comercio informal en sus alrededores; la salida de muchas casas comerciales hacia otros sitios de la ciudad, particularmente la zona norte; el deterioro funcional y ambiental del casco viejo, han estimulado la mutación de las referencias geográficas para establecer la nueva frontera entre norte y sur.

En base a una vista etnográfica por la ciudad, lo que significa “atravesar espacios desde los sentidos del transeunte” (Aguilar, 2005), y a entrevistas a sectores de clase media alta, se puede percibir un nuevo límite imaginado, donde la avenida Heroínas estaría marcando una nueva frontera frágil y móvil entre ambas zonas, como todo límite que se expande o se contrae de acuerdo al movimiento de los diversos actores poblacionales.

Pero también hay datos físicos que coadyuvan y afirman el sentido de esta representación dual del espacio. En efecto, el avance del comercio informal que se concentra en torno al mercado 27 de Mayo, no sobrepasa este límite. Sucede otro tanto con el mercado informal que reina en torno al edificio del correo, que si bien, en el nudo entre las avenidas Ayacucho y Heroínas invade ambas aceras, no avanza más allá en dirección norte. En todo caso, la idea de que la avenida Aroma separaba el sur del resto de la ciudad, es un dato ampliamente superado por la realidad actual. Incluso podríamos decir que el casco viejo esta siendo “engullido” por el sur, y que por ello el límite entre ambas zonas es un territorio de disputa que en este momento puebla los imaginarios ciudadanos de los residentes del norte y el sur. Una demarcatoria provisional, una topografía artificial que indique una situación de estatus superior-inferior, con un sur “pobre” marginalizado y un norte “rico”, sería evidentemente la avenida Heroínas. Aunque los pobladores del sur, después de los fuertes y sangrientos conflictos del 11 de enero de 2007⁷, imaginan quizá que en el río Rocha debiera forjarse la frontera simbólica entre ambos territorios.

La consecuencia de estas representaciones y fantasmagorías es trazar un lindero y una frontera invisible entre lo que se considera territorio ajeno y movedizo, y el seguro (y conocido); el distinguido (“gente de bien”) y aquél que no lo es; y aquellos que se asocian al origen de la inseguridad y las transgresiones del crimen. Y a partir de esta constatación determinar dónde se puede ir y dónde no; o dónde se requiere de cautela y precaución y dónde no; en qué horas y momentos existe seguridad y en cuáles reina la incertidumbre. El acceso a la ciudad se recorta. Se arma mentalmente una frontera que tiene puertas de acceso y, a la vez, de cierre. Los

jóvenes de ambos sexos evitan, mientras pueden, dirigirse a la zona devaluada y estigmatizada del sur; si no queda otro remedio que hacerlo toman precauciones y se mantienen alertas.

Desde las subjetividades del norte juvenil, el sur se imagina como un espacio fantasmal poblado de amenazas y un desorden caótico de multitudes cobrizas, con las cuales no es posible identificarse, recuperar memoria o sentir emoción positiva ni entablar comunicación. Un espacio que funge exactamente como lo contrario de los “lugares emblemáticos” de los que Michel Mafessoli (2007) nos habla como espacios celebratorios donde: “Uno se reúne, se reconoce al otro, y de esta manera uno se reconoce”; es decir donde yo coexistió con una multiplicidad de sujetos, sin los cuales mi propia existencia no sería concebible.

DECLIVE DE LOS ANTIGUOS ESPACIOS PÚBLICOS

Para la territorialidad juvenil de la clase media alta cochabambina, los linderos del mundo habitable se cierran a pocas cuadras de la plaza Colón: en la esquina de las calles 25 de Mayo y Ecuador y de ésta última con la España, en el corazón del antiguo centro urbano y muy próximo a la avenida Heroínas. Metros más allá comienza (o termina) la muralla invisible que separa dos mundos, dos estéticas, dos culturas juveniles y dos seguridades de vivir. Los cafés de la España y el de la 25 de Mayo con Ecuador son la última frontera.

Esta delimitación imaginaria de la ciudad constituye una verificación de que los jóvenes de clase media alta de ambos sexos recrean la ciudad de una manera distinta a la de sus padres y madres. En la década precedente los espacios de sociabilidad juvenil gravitaban en las zonas central y sur de la ciudad. Hoy, concebidas como zonas de peligro, están además lejanas a las zonas de residencia de los(as) jóvenes de clase media alta.

Nuestro interés por recurrir a este juego de espejos es resaltar que ahora, como nunca antes, estamos frente a una ruptura radical en el uso del espacio urbano por parte de elites ciudadinas y sobre todo de sus vástagos. Quizá para apelar a otro símil podríamos retroceder al filo del siglo XIX cuando los grupos dominantes reordenaron la ciudad en la pretensión de configurar el centro como espacio donde solamente pudieran manifestarse sus expresiones culturales y de vida. La diferencia estriba en que entonces no se cuajó un territorio propiamente juvenil ni la juventud gozó de autonomía frente a sus progenitores. El espacio público, abierto a todas las miradas o los espacios privados, bajo vigilancia de mayores, fue el espacio para la sociabilidad juvenil. Situación que pervivió casi incólume hasta un siglo después, cuando una mezcla de fenómenos internos y externos, urbanos y culturales, produjo un quiebre radical en relación al espacio urbano, como lugar de encuentro con sus pares y con diferentes.

Lo primero que debemos señalar para entender la anterior afirmación es que la juventud de clase media alta se mueve y mora mayoritariamente en la zona norte de la ciudad y en las urbanizaciones satélites como Bella Vista o Tiquipaya⁸. Admiten de buena gana que el norte citadino “es como una ciudad, (pues) no se necesita salir de ella”. Una isla o una fortaleza bien abastecida. No exageran. Como aludimos en páginas precedentes, su oferta de servicios es amplia y creciente, y configuran una especie de ciudadela, delimitada por murallas imaginarias, a modo de una ciudad medieval fortificada; con la diferencia que esta vez los adversarios no sólo están fuera sino adentro de los muros.

Fuera de estas fronteras quedan los espacios urbanos que utilizaron las generaciones precedentes, enclavados ahora en *terra incognita*. ¿Por qué las nuevas generaciones de jóvenes de ambos sexos no los habitan y utilizan? ¿Por qué prefieren moverse, usar y ocupar territorios distintos? Podríamos nuevamente atribuirlo a la distancia. Llegar desde la zona norte hasta La Cancha/La Pampa, la plaza 14 de Septiembre y sus alrededores implica cruzar gran parte de la

saturada mancha urbana de tráfico lento y enredado. Sería, empero, una explicación insuficiente y parcial. Los(as) jóvenes de clase media alta recorren diariamente una distancia mayor para asistir a la Universidad Privada Boliviana (UPB) situada en el kilómetro siete de la carretera Blanco Galindo. O los fines de semana, para divertirse y abandonarse al ocio, en el Country Club, un enclave en el extremo sur de la ciudad.

La situación debe entenderse más bien como el resultado de un largo proceso de cambios culturales en las subjetividades juveniles y de los nuevos patrones de consumo juvenil que privilegian la seguridad, la distinción y la afirmación identitaria, separándose del resto del tejido poblacional urbano. Distinciones que a partir del consumo globalizado de objetos simbólicos les permite sentirse parte de identidades globales, como señala García Canclini.

En efecto, hay algo más profundo y determinante. Todas las generaciones, nacidas desde mediados de los años 80 del siglo pasado en adelante, han sido educadas en el hábito de la inseguridad y el miedo a moverse libremente en la ciudad. Durante años han visto y oído a los medios de comunicación que explotan el sensacionalismo y estigmatizan a grupos sociales y lugares, contribuyendo a crear una atmósfera de inseguridad, que se hace más patente y patética con la crisis institucional de las fuerzas policiales (Rey, 2005).

El imaginario de inseguridad, como una parte de la nueva cultura para vivir en la ciudad, proviene de los progenitores que la transmiten diariamente a sus hijos e hijas. En los grupos focales y entrevistas individuales, recogimos expresiones como éstas, que pretenden encerrar toda una lección para enfrentar las condiciones de inseguridad:

- Ten cuidado. No vayas sola.
- No llesves tu celular al stadium. Te lo van a robar.
- Si vas a La Cancha, no vas sola. Espera a tu hermano o vas conmigo o con tu papá.
- No dejes tu auto en la calle, mejor lo guardas en un parqueo.
- No tomes cualquier taxi en la calle. Llama a un radiotaxi conocido.

La juventud cochabambina, que internaliza desde temprana edad el temor a vivir en sectores de la ciudad, responde con una “estrategia de blindaje” que la proteja de amenazas reales y ficticias, que se traduce en mutaciones del uso de los espacios urbanos en relación a la conducta de las elites en el pasado urbano más reciente: se retiran de las calles o de los mercados públicos; se opacan las plazas (y calles) como lugares para la sociabilidad, el ocio y el disfrute; El Prado o la Plaza de Armas son vistos como lugares peligrosos, desorganizados o sucios y ocupados por personas poco confiables. En contraposición, se guarecen en lugares seguros tanto privados o públicos, pero con reglas privadas de comportamiento, y sistema de seguridad y control.

La búsqueda de lugares “limpios y ordenados”, como por ejemplo el Cine Center, inaugurado en 2007, impregnado de modernidad y de una estética consumista, permite evitar las sensaciones auditivas y olfativas socialmente enseñadas como desagradables desde la niñez. Marcadas en el inconsciente, siembran un terreno fértil para pulsiones que conducen a las diferenciaciones y a las fronteras sociales-raciales, y en suma a la segmentación de Cochabamba que se ha hecho más visible aun tras el triunfo electoral de Evo Morales a fines de 2005, alcanzando visos de confrontación cotidiana.

El Cine Center, compuesto de una plaza de comidas y doce pequeños cines, contribuye a configurar una sociabilidad restringida y un intercambio endogámico, cerrado sobre sí mismo, limitado a los pares, a los que se conocen de antemano. Carece de riegos, de confrontación con lo diverso, del encuentro fortuito, que debiera ser propio de vivir en la ciudad y de ejercer

ciudadanía. Funge como un gran teatro o un gran palco, donde se acude solamente por el placer de estar y de ver a los socialmente semejantes.

La juventud de clase media alta construye así espacios imaginarios -comportamientos, gestos, vestimenta- que a modo de marcas sirven para separarse de las amenazas de los “distintos”, de la población que habita en el sur o que tiene otra tonalidad de piel u origen social. El Cine Center se incrusta en la trama urbana, pero sin referencias propiamente históricas, pues sus puntos de referencia son universales, extraterritoriales (Sarlo, 2000). Corresponden a los llamados “espacios de sociabilidad transitoria” de los que habla Augé (1993). Son los espacios urbanos de paso y tránsito, caracterizados por flujos peatonales, vehiculares, entre otros, que operan como áreas para el encuentro fugaz. Carecen de referencias históricas, memoria y por tanto de diferencias visuales y arquitectónicas. Un “lugar”, en cambio, supondría una apropiación concreta y simbólica del espacio, otorgándole sentido emocional y afectivo a aquellos que lo habitan y lo utilizan.

La presencia juvenil no es pasiva y, por el contrario, busca conquistar y transformar un lugar anónimo en un espacio de comunicación y pertenencia que les permita reconocerse como integrantes de un mismo entorno social y cultural. Edifican así simbólicas fronteras excluyentes que los distinguen de otros(as) jóvenes de la ciudad. Construyen espacios imaginarios -comportamientos, gestos, vestimenta- que a modo de marcas sirven para separarse de las amenazas de lo social y racialmente “distinto”⁹. El Cine Center, en suma, contribuye a configurar aún una sociabilidad restringida y un intercambio limitado a los que se conocen de antemano. Carece de riegos, de confrontación con lo diverso, del encuentro fortuito, que debiera ser propio de vivir en la ciudad y de ejercer ciudadanía. Funge como un gran teatro o un gran palco, donde se acude solamente por el placer de estar y de ver a los socialmente semejantes. Lo propio puede decirse de las discotecas nocturnas, como Mandarina o Life¹⁰ que han construido “filtros semióticos” que, en una franca discriminación, impiden que ingresen jóvenes no considerados como “gente de bien”, es decir aquellos que no ostentan “galardones” de color de piel o de apellido. La diversidad es concebida como una amenaza y los propietarios de las “discos” se encargan de asegurar a sus clientes que no se encontrarán en las penumbras con algún(a) desconocido(a).

La ciudad de Cochabamba, o mejor la imagen espacial que de ella se hacen los(as) jóvenes de clase media alta, gira en torno a estos centros de consumo cerrados y aislados de una trama urbana de la que a la vez son y no son parte, y que refleja la crisis y declinación del espacio público en Cochabamba. La generación anterior contaba también con espacios propios como El Prado o los cafés de la antigua calle Perú. No hay empero que exagerar la comparación. Éstos eran verdaderamente públicos, abiertos a todos y a todas, sin exclusiones formales, aunque éstas se introdujeran por la costumbre, la vestimenta o los niveles de gastos económicos que suponía permanecer en los espacios.

En contraste el *ágora* urbano de la actual juventud “clasemediera” es el consumo. Es en cuanto tales, por consumidores, y no por jóvenes, que son recibidos en estos espacios segmentados. Se pierde la condición de ciudadanía, en tanto habitante de la ciudad, y se adopta una identidad provisional e impersonal en razón de encontrarse sometido a una relación contractual con el propietario; es decir dentro sus muros no se es transeúnte, sino consumidor o demandante de servicios de una institución comercial, cuyos códigos y funciones se debe cumplir. Con la salvedad, acotamos nosotros, que los jóvenes de ambos sexos que acuden con frecuencia a estas plazas mercantiles no desean recorrer, en el sentido de explorar y experimentar la ciudad y su diversidad. Prefieren más bien retirarse, como ya aludimos, para recluirse en un espacio que consideran culturalmente propio y exclusivo.

TERRITORIALIDAD Y GÉNERO

Las encuestas y entrevistas realizadas no muestran grandes diferencias respecto a la manera cómo mujeres y hombres se apropian y construyen su imaginario del territorio urbano. Su gramática del miedo es prácticamente la misma. Al igual que los varones, las mujeres cortan la ciudad en dos: norte seguro, sur inseguro. Y viven en un espacio dividido.

La identidad colectiva que comparten, en términos de pertenencia de clase, de grupo étnico y de experiencias de vida, provee normas, rutinas y representaciones similares que les permite construir un nosotros casi sin fisuras de género. Esta autoidentificación, que se construye sobre todo en contraste con los otros, los foráneos, posibilita una apropiación simbólica del territorio, en la que hombres y mujeres, a través de un conjunto de señales que comparten, como la ropa, los mismos gustos, los miedos, los deseos y las subjetividades, marcan sus límites y fronteras hacia fuera de su propio colectivo. Sin embargo, si bien pudiera asumirse que el territorio juvenil es un escenario de representaciones e imaginarios comunes que los dota de cierta homogeneidad identitaria, un tema que empieza a ser dilucidado por la literatura es hasta qué punto esta territorialidad construida por los jóvenes, revela usos y sentidos del espacio diferenciados por género. Es decir cómo las relaciones de poder de género estructuran distintas formas de nombrar los territorios, de imaginar sus límites y de recorrerlos en términos de su entidad física (Gómez, 2005:74-104; Velásquez y Añadía, 2003:74-104).

En una sociedad patriarcal como la cochabambina donde el espacio público es simbólicamente masculino, los varones son quienes desde una posición de poder ejercen su autonomía y libertad para nombrar sus espacios y sus límites de movimiento; son ellos quienes transitan con seguridad las calles y las aceras, frente a las mujeres que recorren estos espacios con la imagen del temor y el riesgo, que se disipa en el momento en el que logran compañía.

Las entrevistas muestran que mientras los hombres se desplazan con mayor libertad en la noche u otros lugares catalogados como de riesgo, las mujeres transitan los mismos lugares desde una situación de mayor vulnerabilidad y fragilidad (cfr. Lindon, 2006:13-32). Son las amigas, los familiares o la presencia de un varón los que posibilitan el acceso a estos espacios. El tiempo libre ha sido por largo tiempo un predominio masculino, más aun en la noche, aunque las mujeres jóvenes han conquistado su lugar en la nocturnidad urbana. En las "discos" asisten por igual hombres y mujeres, pero ellas prefieren los espacios cerrados, donde puedan conversar, tomar un café o fumar un cigarrillo. Los varones, en cambio, gustan más de espacios abiertos, donde reunirse en grupo y expresarse con más fluidez y desafiante osadía.

Sobre las mujeres de clase media alta se ejerce más restricciones y vigilancia, por su mayor condición de vulnerabilidad y un largo proceso de socialización que las educa para una vida de temor. Las mujeres, como señala correctamente Manuel Delgado, siguen recibiendo "una educación sexista, entre cuyos mensajes están los que les inculcan un temor reverencial ante lo que se extiende más allá de las puertas de sus casas, donde aguardan peligros mucho peores para ellas que los que amenazan a los niños varones" (2007:326).

En Cochabamba ocurre que:

- Cuando era joven iba al ballet y volvía a eso de las 11 de la noche caminando hasta mi casa, sin problemas. Ahora mis hijas no salen solas en la noche, yo las llevo y las recojo (Mónica, pedagoga, 44 años).
- Mi hija, cuando sale en la noche, la lleva alguien de la familia o, cuando no podemos, se va en un radiotaxi que conocemos hace tiempo. Poco ha cambiando desde cuando yo estaba

en la universidad y mis padres me llevaban a las fiestas y me recogían. Y eso que entonces la ciudad era mucho más segura que ahora (Virginia, docente universitaria, 59 años).

- Como vivo lejos, mi mamá o mi papá me lleva hasta la fiesta o discoteca, o a la casa de una amiga. Otras veces voy con mi enamorado (Sofía, 20 años, universitaria).
- No me dejan salir sola ni que vuelva sola. Si no me recogen, debo buscar a alguien conocido que me traiga a casa (Andrea, 17 años, bachiller).

La nueva generación asiste masivamente a las universidades y tiene amplias expectativas laborales; por eso mismo resienten más de no poder ocupar todos los espacios para el ocio al igual que los varones. La libertad femenina es acotada, tiene más trabas y vigilancia, aunque ellas se sienten más libres que sus progenitoras, recluidas en su hogar.

En una ciudad que crece, trasladarse de un punto a otro se ve como un problema. Ni en el día, y menos en la noche, el transporte público es una opción. Se lo considera inseguro, sucio y desagradable. El automóvil ha supuesto la libertad para salir a la hora que se quiera, pero el número de chicas que disponen de este medio es menor que el de los varones; además la sombra de la inseguridad nuevamente se cierne sobre ellas. Se teme que sean asaltadas en la calle o al ingresar al garaje. Casos de agresiones, contados reiteradamente en los corrillos y tertulias y amplificados por la prensa, sirven de un poderoso disuasivo.

El mayor temor frente a la posibilidad de ser víctimas de delito moral o físico refleja una trama cultural en Cochabamba en los procesos de socialización femenina. Estudios realizados en distintos países dan cuenta que entre las mujeres el nivel de temor al espacio público es mayor que entre los hombres (Dammert, 2008:63). Los cuerpos de las mujeres y su sexualidad acechada por gestos y miradas se convierten en espacios de miedo que recortan la autonomía y la presencia de las mujeres en calles, parques y lugares abiertos. La mayor vulnerabilidad de las mujeres, frente a los hombres, radica ciertamente en la posibilidad de ser víctimas de agresiones sexuales o de comportamientos corporales invasivos a su privacidad, "piropos" sexistas, eventuales "toqueteos"; es decir una violencia más sutil y cotidiana, que se conoce como violencia moral, distinta de la violencia física y que da lugar al "acoso callejero" (*street harrasment*) o "acoso público" (*sexual harrssment*).

Referencias hemerográficas

Los Tiempos, 30 de septiembre de 1971.

Los Tiempos, 10 de marzo de 2005.

Los Tiempos, 4 de enero de 2008.

Referencias electrónicas

Barbero Martín, Jesús

2003 "Los laberintos urbanos del miedo",

www.javeriana.edu.co/sociales/universitas/documents/4barbero.pdf

Acceso 5 de noviembre de 2007

Fexia, Carles (coord).

2004 *Culturas juveniles en España, 1960-2004*. Edición electrónica. www.injuve.mtas.e

Acceso 20 de marzo de 2008.

Guerrero Valdebenito, Rosa María

2007 "Segregación Socio-urbana y representaciones de inseguridad en dos comunas de Santiago de Chile".

Cultura y representaciones sociales. Revista Electrónica. Año 2. No.2. Septiembre de 2007.

www.culturayrs.org.mx/revista/num3/Guerrero.pdf

Acceso 7 de febrero de 2008.

Mújica, María Constanza

2005 "Entrevista a Armando Silva: Ser santiaguino o porteño es, primero, un deseo". En *bifurcaciones* 4, World Wide Web document. www.bifurcaciones.cl/004/Silva.htm>. Acceso 25 de noviembre de 2007.

Segura, Ramiro

2005 "Territorios del miedo en el espacio urbano de la ciudad de La Plata: Efectos y ambivalencias".

www.trabajosocial.unlp.edu.ar

Acceso 2 de diciembre de 2007.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar D., Miguel Ángel

2005 "Recorridos urbanos y habitar la ciudad". En Aguilar, Angel y Ramírez, Patricia (Coords.). *Pensar y habitar la ciudad*. Barcelona: Anthirpos- UAM-Iztapalapa.

Auge, Marc

1993 *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.

Bauman, Zygmunt

2007 *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Buenos Aires: Paidós.

Borja, Jordi

2003 *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza editorial.

Briceño-León, Roberto

2007 *Sociología de la violencia en América Latina*. Quito: FLACSO-Municipio Metropolitano de Quito.

Calceira, Teresa

2007 *Ciudad de Muros*. Barcelona: Gedisa.

Carrión Mena, Fernando y Muñoz-Vega, Jorge

2006 "La inseguridad en la ciudad: hacia un comprensión de la producción social del miedo". En: *EURE*.

Santiago de Chile, Vol. XXXII, No. 97, diciembre.

Cornejo Portugal, Inés

2007 *El lugar de los encuentros. Comunicación y cultura en un centro comercial*. México: UIA.

Dammert, Lucía

2008 *Perspectivas y dilemas de la seguridad ciudadana en América Latina*. Quito: FLACSO-Municipio Metropolitano de Quito.

2007 "Entre el temor y la realidad de la victimización femenina en América Latina". En: Falú, Ana y Segovia, Olga (eds.). *Ciudades para convivir: sin violencias hacia las mujeres*. Santiago de Chile: Ediciones Sur.

2004 "¿Ciudad sin ciudadanos? Fragmentación, segregación y temor en Santiago". En: Revista *Eure*, Vol XXX. No. 91, Santiago de Chile.

Dammert, Lucía; Karma, Rodrigo y Manzano, Liliana

2003 *Ciudadanía, espacio público y temor en Chile*. Santiago de Chile: Centro de Estudios de la Seguridad Ciudadana, Instituto de Asunto Públicos, Universidad de Chile.

Delgado, Manuel

2007 *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.

Delgado, Miguel

1999 *El animal público*. Barcelona: Anagrama.

Entel, Alicia

2007 *La ciudad y sus miedos. La pasión restauradora*. Buenos Aires: La Crujía Ediciones.

Gómez, Nancy Regina

2005 "Género y espacio público en los jóvenes de Barranquilla (Colombia). Todos usan el espacio pero ellos lo definen". En: Revista *Un Norte*. Año 2, No. 11.

Gordillo, José; Rivera, Alberto y Sulfata, Ana Eca

2006 *Pitay Kaypi Kamachiq. Las estructuras de poder en Cochabamba, 1940-2006*. La Paz: PIEB, CESU, DGIS-UMSS.

Goycoolea Prado, Roberto

"Violencia y espacio urbano". En: *Quórum*. Universidad de Alcalá, No. 16.

Hinojosa Z., Eric *et al.*

2006 *Inseguridad ciudadana. Percepción en los barrios populares de Cochabamba-Bolivia. Un estudio preliminar*. Cochabamba: Acción Andina.

Lindon, Alicia

2007 "La ciudad y la vida urbana a través de los imaginarios urbanos". En: Revista *Eure*, Santiago de Chile, Vol. XXXIII, No. 99, agosto.

2006 "Territorialidad y género: una expresión desde la subjetividad espacial". En: Ramírez Kuri, Patricia; Aguilar Díaz, Miguel Angel (coords.). *Pensar y habitar la ciudad: afectividad, memoria y significado*. Madrid: Antrophos.

2006 "La casa *bunker* y la deconstrucción de la ciudad". En: *Liminar 2*, Estudios Sociales y Humanísticos. México, año 4, vol. IV.

2005 "Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: Topofilias y topofobia". En: Reguillo, Rossana y Godoy Anativa, Marcial (eds.). *Ciudadestranslocales: Espacios, flujo, representación. Perspectivas desde las Américas*. México: ITESE-SSRC.

Moffesoli, Michel

2007. "La potencia de los lugares emblemáticos". En: *Convergencia* 44. UAEM, mayo-agosto.

Reguillo, Rossana

2000 "La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas". En: Rotker, Susana (ed.). *Ciudadanías del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad.

Rey, Esteban

2005 *El cuerpo del delito. Representación y narrativas mediáticas de la (in)seguridad ciudadana*. Bogotá: FES.

Sarlo, Beatriz

2000 *Siete ensayos sobre Walter Benjamín*. Buenos Aires: FCE.

Urteaga Castro Pozo, Maritza

2007 "La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos y contemporáneos". Tesis de doctorado en Ciencia Antropológicas, UAM-Iztapalapa, México D.F.

Velásquez M., Carmen y Añadía Meléndez, Ledy

2003 "Los espacios públicos desde la perspectiva de género". En: *Norte*, Universidad de Zulia, diciembre.

-
- 1 Gustavo Rodríguez Ostría es economista, magíster en Ciencias Sociales y en Historia Andina, docente de la carrera de Ciencia Política de la Universidad Mayor de San Simón (UMSS). Humberto Solares Serrano es arquitecto, magíster en Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible; fue director del Instituto de Investigaciones de Arquitectura (IIA) de la UMSS. María Lourdes Zabala Canedo es socióloga, magíster en Ciencia Política y docente de la carrera de Sociología de la UMSS.
 - 2 En este artículo presentamos algunos de los resultados de la investigación "Declinación del espacio público y jóvenes de clase media alta en Cochabamba", auspiciada por el PIEB. Las encuestas, entrevistas y observaciones directas fueron realizadas a fines de 2007.
 - 3 Para un análisis de la situación en los barrios periurbanos y pobres, consultar: Hinojosa Z., Eric *et al.*, 2006.
 - 4 Cfr. www.barcelona2004.org; Gaaycoolea (2008:11).
 - 5 Testimonios recogidos en grupos focales y conversaciones individuales en Cochabamba, a fines de 2007.
 - 6 La primera empresa se creó en Santa Cruz, en 1982.
 - 7 Ese día, ante la pasividad policial, miles de pobladores(as) de la zona norte, principalmente jóvenes, se enfrentaron en las calles con campesinos y jóvenes de la zona sur, con el saldo de tres muertos y centenares de heridos. La confrontación, con cortes claramente raciales, puso en tela de juicio la pretendida (y ponderada) unidad mestiza de Cochabamba.
 - 8 En este trabajo no analizamos la cultura juvenil nocturna, que es el territorio que la juventud ha arrancado a sus progenitores y vecinos desde fines de los años 80 del siglo XX. La cultura de la noche se organiza también en orden al miedo y la distinción respecto a un no semejante.
 - 9 Tomamos estas ideas del sugerente trabajo de Inés Cornejo Portugal (2007:191 y ss.)
 - 10 Actualmente cerrada.